

SOPA DE AJO

Pedro Martínez Rayón

Cada cuatro pasos, se detenía para recuperar el aliento. Avanzaba penosamente, haciendo visibles esfuerzos que le llevaban un poco más allá. Cuatro pasos, alto, y en marcha otra vez.

El hombre, a pesar de su falta de vigor, producía la impresión de estar dotado de voluntad indomable. Parecía moverse rodeado de una aureola de tenacidad refractaria a todo desánimo.

Una mugrienta boina encasquetada hasta las cejas ocultaba sus cabellos, y por debajo de los faldones de la sucia gabardina asomaban las deshilachadas perneras del pantalón, lo bastante altas para permitir la aparición de los tobillos ayunos de calcetines.

Trabajosamente, manteniendo en precario equilibrio sobre los huesudos hombros una enorme caja de cartón, se desplazaba haciendo frente al helado viento que, al formar remolinos en el cruce de ciertas calles, lo hacía trastabillar.

Los zapatos, por lo menos dos números más grandes del que debía calzar, no contribuían en nada a que su vía crucis resultara menos doloroso; a cada paso, se veía obligado a batallar para no dejarlos atrás.

Por fin, después de una larga caminata –tras el momentáneo alivio reportado por el bajo paredón que cerraba un parque y que le sirvió para apoyar la pesada caja durante unos instantes- llegó a su destino.

Se trataba de la antiquísima casa, en lamentable estado de conservación, en que vivía desde tiempo atrás.

Con deliberación, utilizando sus últimas energías, ascendió por la lóbrega escalera hasta la buhardilla situada cinco pisos sobre la calle.

Sin quitarse de encima la caja, logró extraer de uno de los bolsillos la descomunal llave –más apropiada para la reja de una mazmorra- y abrió la puerta de acceso a su refugio.

Todavía con el pesado embalaje a cuestas, encendió la mortecina luz que apenas consiguió disipar las tinieblas.

Luego, con un suspiro de alivio, dejó caer la caja encima de la mesa y se derrumbó sobre el astroso camastro. Allí permaneció jadeante hasta que su respiración se normalizó. Finalmente, se puso de pie y, despojándose de los zapatos, pues no era cosa de gastarlos innecesariamente, comenzó a colocar en la nevera los artículos alimenticios contenidos en la caja que tanto trabajo de había costado acarrear.

El frigorífico, enorme y reluciente electrodoméstico, constituía una auténtica rareza en medio de aquella miseria. Destacaba con igual nitidez que la sotana de un cura en un campo de nudistas.

Terminado el almacenamiento de vituallas, el extenuado Lucrecio ocultó el cajón debajo de la cama y tornó a tumbarse. Necesitaba recuperar el resuello. Su salud había comenzado a deteriorarse hacía años, pero jamás se sintió tan enfermo como entonces.

Tendido en la incómoda yacija, con la mirada clavada en el tragaluz a través del que penetraba la última claridad de la tarde que moría, evocó la época lejana en la que, como en un juego de niños, realizaba durísimas tareas propias del fogonero de una máquina de vapor.

Romper las briquetas de carbón, ranchar y escoriar, pasando alternativamente del ambiente gélido del tándem al infierno de la caldera, era labor fácil para su juventud y la fuerza de aquellos brazos incansables que parecían mantener un torneo contra la voracidad del fuego.

Cuántas veces le había dicho Luis, el maquinista con quien hacía pareja:

- Basta, Lucrecio, basta. No eches tanto carbón, que vamos a reventar.

Era un trabajo para hombres. Los alfeñiques no tenían lugar en aquel oficio hecho a la medida de los bíceps de acero, antebrazos nervudos y manos callosas.

Cuando, a los cuarenta y siete años, pocos días después de realizar una revisión médica rutinaria, se le comunicó que no estaba en condiciones de continuar desempeñando su labor, pues había contraído tuberculosis, se negó a admitirlo. Se encontraba bien. No experimentaba dolor alguno. Debía tratarse de un error. Los médicos no son infalibles. Seguro que el enfermo era otro.

Cierto que se fatigaba más que hacía algunos meses y que, en su empeño contra la caldera, últimamente, era ella la que ganaba terreno. Luis lo había advertido y, en ciertos momentos, reclamó un aumento de presión.

Pero, de aquello a la tuberculosis, mediaba un abismo. El mismo maquinista, le aconsejó que acudiera a la consulta de otro doctor. Que lo hiciera particularmente. El diagnóstico del segundo médico coincidió plenamente con el de la empresa. Lo mismo sucedió con un tercero al que visitó, ya sumido en la desesperanza.

Le dieron la baja temporal y, luego, la de larga enfermedad. Después, se sucedió una extensa cadena de sanatorios, prolongados tratamientos y curas de reposo. Pasaron varios años y, aunque la dolencia no se agravó, nunca desapareció por completo.

Por último, como se arrincona un trasto que no sólo no sirve para nada, sino que, además, estorba, fue jubilado.

Los días que siguieron a aquel en que recibió el maldito documento que certificaba su definitiva inutilidad, fueron los más amargos de la vida de Lucrecio. Se revelaba, se negaba a resignarse al papel de herramienta averiada.

¿Qué diablos iba a hacer? ¿A qué podía dedicar su tiempo? Aunque durmiera diez horas diarias –y con seis o siete, tenía bastante- aún tendría que deshacerse de otras catorce.

Con el paso de los años, la desesperación experimentada en los primeros momentos fue haciéndose más llevadera, pero jamás dejó de estar presente, agazapada en el fondo de su conciencia, como una maligna enfermedad presta a ponerse de manifiesto en cualquier instante.

Fue envejeciendo y, cuando llegó a sus oídos la noticia de que Luis, junto con el fogonero que entonces lo acompañaba, había perdido la vida en un accidente, lamentó con toda sinceridad la mala suerte que le impidió realizar aquel último viaje para el que no era necesaria la presión de la caldera.

De todos modos, él era un muerto en vida, un despojo humano cuya única ocupación consistía en administrar tacañamente la escasa pensión que le habían concedido.

El gasto de cada peseta tenía que ser estudiado y sopesado como si en el acto de soltar una moneda le fuese la vida. Y, en realidad, así era. La menor alegría podía significar verse sin blanca previamente a la llegada del fin de mes.

Con la práctica, se había convertido en un verdadero experto que, antes de adquirir cualquier cosa, comprobaba pacientemente los precios comparando incansable las ventajas ofrecidas por cada supermercado.

Ni la más ahorradora ama de casa le llegaba a la suela de los zapatos. Si se llevaba algo, si un artículo alimenticio formaba parte del contenido de la caja de cartón que cada dos meses y medio subía a su buhardilla y, previsoramente, era depositada en la nevera, no sería exagerado afirmar que en toda la ciudad no podría encontrarse otro igual a menor precio.

Lo de la nevera, el incongruente frigorífico que ocupaba media habitación, era algo que tenía historia. El culpable del dispendio había sido un gato.

El minino, un bichejo medio pelón, esmirriado, escuálido y famélico apareció un día funesto en que, para ventilar el cuarto, había entreabierto la lucera, adquirió la costumbre de materializarse tan pronto como se disponía a preparar la comida.

Lucrecio no estaba para dispendios y no le hizo el menor caso. El morrongo, con evidente mala intención, inició un pertinente concierto de maullidos que le amargaron el magro almuerzo. De nada sirvió el apresurado cierre de la escotilla. A través de la tejavana, se colaban las angustiosas reclamaciones. Por si las sonoras llamadas fueran insuficientes, el

felino visitante, inmóvil sobre los cuartos traseros, fijó la mirada de sus ojos amarillentos y, sin pestañear, fue testigo de los bocados ingeridos como si los estuviera contabilizando.

El molesto inquilino de la zahúrda que, hasta aquel momento, deglutía despaciosamente haciéndose la vana ilusión de que la morosidad contribuía al aumento del aporte calórico, con un par de bocados, terminó la exhibición y el menú del día.

El indiscreto animal soltó un bufido despectivo, que a Lucrecio le sonó a amenaza y, con el paso silencioso desapareció.

Aquella visita fue el prólogo de las que habían de seguir. Si el condenado bicho se hubiera limitado a imponer su presencia en el tejado, el visitado hubiese terminado por habituarse y los esfuerzos habrían llegado a resultarle tan indiferentes como la música de Wagner, pero el osado bruto llevó su atrevimiento a introducirse en la habitación cuando Lucrecio se encontraba ausente. ¡Y, encima, era un ladrón redomado!

La comida almacenada nunca había sido abundante, así que, advertir la desaparición de parte de ella –aunque se tragara de una ínfima porción- carecía de dificultad.

Cuando Lucrecio confirmó sus sospechas sintió nacer en su corazón un odio mortal acompañado de una inextinguible sed de venganza contra aquel engendro del infierno.

No obstante, nada pudo hacer para terminar con su enemigo. Estaba dotado de una astucia increíble que lo llevaba a eludir cuantas trampas le preparó. Es más, en una ocasión el pobre Lucrecio estuvo a punto de ser víctima de un pescado envenenado colocado, como quien no quiere la cosa, bajo el colchón. Poco faltó para que el frustrado y hambriento vengador lo consumiese confundiénolo con uno en buen estado.

De aquella aventura sólo sacó en limpio el inútil gasto de tres duros que le cobraron en la pescadería. El farmacéutico, más generoso, no se conformó con regalar el veneno; él mismo procedió a rellenar las entrañas del pez con un surtido de matarratas, infalible –según dijo-, en el caso de que el gato “picara”.

Cuantas argucias puso en práctica el jubilado, no dieron el menor resultado. La comida continuaba desapareciendo y él ni siquiera conseguía saber por dónde entraba el cauteloso ladrón de cuatro patas.

Harto de tolerar el expolio, decidió cortar por lo sano y, como las neveras se venden sin licencia de armas, adquirió el hermoso frigorífico casi de tamaño industrial que ahora adornaba de modo tan inadecuado el desván que le servía de vivienda.

Claro que, antes de optar por el que al final le llevaron a casa, volvió loco al gremio de vendedores de electrodomésticos porque, como se decía con toda razón, “comprar una nevera no es lo mismo que adquirir un cuarto de kilo de fideos”.

A pesar de su sensatez, ante uno de los almacenistas más acreditados del ramo, sentó injusta fama de maniático al escapársele la pregunta de:

- Y, este modelo, ¿está garantizado contra los gatos?

La indignada respuesta del comerciante provocó el relato completo de los robos de que el comprador venía siendo objeto. El hombre tenía aguante, deseaba vender, soportó la trágica historia y vendió en buenas condiciones y cómodos plazos, que el adquirente aún se encontraba satisfaciendo religiosamente.

Cuando el malvado minino comprendió que, con la llegada de aquel blanco monumento a la avaricia del hombre, habían terminado sus días de impune saqueo, debió mudarse de barrio, pues nunca más volvió a espiar al enfermo exfogonero a través de los sucios cristales del tragaluz.

Su desaparición, aunque lisonjera en sí misma para Lucrecio, no tuvo influencia alguna en su estado de salud. Por el contrario, pareció aumentar sus dolencias y debilidad general. Fue como si, apagado el fuego del odio sentido contra su enemigo, se hubiera encendido y avivado el lento declinar que, indefectiblemente, le conduciría a la vía muerta en que lo esperaba su antiguo jefe, Luis el maquinista.

Cuando el viejo ferroviario sintió que las exiguas fuerzas de que habitualmente disponía, se habían vuelto a tomar posesión de su gastado cuerpo, se incorporó y descolgó de la cuerda utilizada como tendedero los dos pares de calcetines que constituían todo el ajuar de sus pies.

Observó complacido que ya estaban secos y –con repentino mal humor- que la escasa vista que le quedaba no sería suficiente para enhebrar la aguja con la que debía zurcir los tremendos agujeros que los adornaban.

“Mañana será otro día”, se dijo, encogiéndose de hombros filosóficamente. Y, a falta de mejor cosa que hacer, preparó y despachó la cena.

Ni una ni otra tarea le ocuparon mucho tiempo. De pronto, cayó en la cuenta de que cada día experimentaba menos placer en el acto de comer. Lo hacía de manera maquinal, como un autómatas. Recordaba que tres años antes, el doctor que había realizado la última revisión, después de comunicarle que de su antigua lesión pulmonar sólo le quedaba una levísima señal y que, de aquella enfermedad no moriría, había añadido:

- Pero, deberá usted andarse con pies de plomo. Tiene que cuidarse; nada de mojaduras; en invierno, vaya bien abrigado; el tabaco, prohibido; de vino, sólo un vasito a mediodía y, sobre todo, comida sana y abundante. Coma de todo.

Lucrecio obedecía, en la medida de lo posible, claro; pero obedecía. Su trabajo le costaba, porque debía hacer verdaderos esfuerzos para alimentarse. Había perdido el apetito casi por completo.

Ya acostado, a obscuras salvo por la difusa claridad que penetraba por la claraboya, recordaba los tiempos lejanos en que, cubierto de una capa de polvillo de carbón, las manos negras, las uñas de luto y el blanco de los ojos reluciendo en el rostro tizado, devoraba los enormes bocadillos que llevaba en la cesta.

Entre las frecuentes tandas de paladas, pues la jadeante máquina reclamaba más y más combustible para vencer las empinadas cuestas del Puerto de Pajares –entonces, sin electrificar-, y la caldera de su estómago joven exigía alimento, comía sin esfuerzo cinco o seis descomunales emparedados de tortilla, chorizo o queso, ante el invariable gesto de asombro de Luis, el cual, por el contrario, era un hombre parco en la comida.

- Pero, ¿dónde metes todo eso? ¡Tragas más que la caldera! Lo entendería si estuvieras gordo, pero siendo flaco como eres, no lo comprendo.

- No hay nada que entender –respondía riendo el tragón. Tengo hambre, y como.

De estos recuerdos, la mente de Lucrecio pasó a la actualidad.

“Anda, que si ahora tuviera el apetito que tenía entonces, menuda hambre; con la jubilación que me ha quedado, para comer la birria que como, tengo que hacer más equilibrios que la Pinito del Oro. Después de todo, he de considerarme afortunado”

“Y, ¿no sería mejor que muriera del todo? Porque, en realidad, ya estoy más muerto que vivo; ¿qué es lo que hago en este mundo? Nada de nada. Cuando tuve que abandonar la pala, la mayor parte de mi vida que contaba para algo, se consumió en la caldera de la máquina.”

“Por otra parte, no puedo dejar de pensar que le he fallado a Luis. He consentido que muriera solo –bueno, solo no; con aquel pobre chico -, sin mí.”

“Desde entonces, ¿cuántas veces he deseado tener el valor suficiente para tirarme del tejado o dejar de comer del todo? Muchas, muchísimas”.

“Pero me ha faltado coraje. Por otra parte, si Luis me viera llegar al sitio donde se encuentra desde que se dio el último porrazo, estoy convencido de que me diría: has resbalado y te has caído, o ¡tú dejar de comer! Imposible; eres demasiado tragaldabas.”

“Ahora ya no lo soy, le respondería. Estos últimos años han sido muy duros. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para comer”.

Reflexionando sobre las posibles cucufletas que sus alegatos sugerirían a Luis, Lucrecio se durmió.

La luz del nuevo día vino a traerlo despiadadamente al mundo que ansiaba abandonar. Después de lavotearse de mala manera en el diminuto fregadero y de tomar el poco apetecible desayuno, se situó bajo el tragaluz, el lugar mejor iluminado del cuarto y, bizqueando, haciendo muecas, logró enhebrar la aguja y zurcir los dos pares de calcetines.

Luego se vistió, se calzó –esta vez abrigando los pies con los calcetines- y, tras colocar en el interior de los zapatos varias hojas de periódico, descendió a la calle.

Hacía un frío siberiano, soplaban viento del norte y el cielo, inclemente, dejaba caer frecuentes chaparrones que obligaban a los escasos transeúntes a desplazarse a la carrera.

Lucrecio hubiera querido imitarlos, pero le resultaba imposible. Se notaba fatigado, falto de fuerza, y una persistente opresión en los costados le impedía respirar con normalidad. Además, aunque no se sintiese tan agotado, tampoco podría correr. De hacerlo, se arriesgaría a perder los zapatos que se negaban obstinadamente a trasladarse a otro paso distinto al adecuado para las Procesiones de Semana Santa.

También, era mala suerte. El único día que no podía permitirse el lujo de permanecer en casa, tenía que hacer un tiempo infame.

Aquella era fecha de pago. No tenía otro remedio que ir al Banco a retirar su pensión pues, por la tarde, el casero pasaría a recoger el importe del alquiler.

Se trataba de un hombre –de alguna manera había que llamarlo- que no admitía retrasos y al que, en más de una ocasión, había escuchado amenazando con romper la crisma –así como suena, romper la crisma- a la inquilina del tercero derecha que rogaba educadamente que volviera al día siguiente.

Así que Lucrecio, que no tenía muy claro si deseaba fallecer o no de inanición, pero observaba escrupulosamente los tiránicos dictados del energúmeno propietario, se encontraba inerme ante el dilema: arriesgarse a atrapar una pulmonía o afrontar las iras del arrendador.

Como, aunque fogonero enfermo y jubilado, hacía gala de sana prudencia, prefirió arrastrar la aspereza del clima y, tiritando, arrastrando los zapatones, se fue acercando a la entidad bancaria en la que recibía las treinta y seis mil pesetas mensuales que le permitían realizar el milagro de mantener unidos cuerpo y alma, y codearse cada treinta días con gente más interesante que él mismo para la cuenta de resultados de la corporación financiera.

El contraste entre la temperatura exterior y la que se disfrutaba allí dentro fue tan acusado que le pareció haberse introducido en una sauna. Hacía verdadero calor, y la reacción experimentada al rato de esperar ante la ventanilla sobre la que figuraba el letrero de “nóminas y pensiones”, lo hizo vacilar sobre las piernas.

Afortunadamente, nadie dio muestras de haber percibido el temblor que lo sacudía. Lucrecio odiaba despertar compasión entre sus semejantes, aunque tenía constancia de que la piedad humana acostumbraba a dormir a pierna suelta.

Por fin, llegó su turno y cuando el empleado encargarlo de entregarle el dinero le rogó que firmara el recibo, hubo de hacerlo tres veces pues, el garabato escrito las dos primeras en nada se parecía al que normalmente servía como garantía de haber percibido el importe del retiro.

- ¿Se encuentra usted mal, don Lucrecio? –inquirió, solícito el ventanillero, para quien resultaba familiar la figura del modestísimo cliente.

- No me encuentro, hijo; no me encuentro –fue la respuesta proferida en tono absolutamente serio.

- Siéntese un ratito allí, junto a aquel radiador –aconsejó el joven, atareado ya con otro habitual del banco.

El tembloroso Lucrecio, obedeció sin decir palabra. Se encaminó a un largo banco de madera situado entre dos radiadores de calefacción y, trabajosamente, tomó asiento.

El simple hecho de plegar las articulaciones le costaba un esfuerzo ímprobo. Las rodillas se le habían convertido en goznes inservibles que se negaban a efectuar la sencilla operación de doblarse.

Al propio tiempo, la vista se le nubló y, en el interior de la cabeza, comenzó a escuchar un monótono zumbido.

Hacía meses que no se encontraba nada bien, pero en aquel momento se encontraba fatal.

“Allá voy, Luis”, se dijo antes de desmayarse, resbalar en el banco y quedar despatarrado sobre el marmóreo suelo.

Recuperó el conocimiento cuando un ordenanza del banco intentaba sacarlo del taxi en el que lo llevaba a la Casa de Socorro. Intentó hacerse cargo del precio de la carrera, pero su acompañante se negó en redondo.

- Me han dicho que es cosa nuestra. Usted no se preocupe por nada, don Lucrecio. No insista.

Hubo de hacer verdaderos alardes de elocuencia para que el ordenanza se fuera. No quería dejarlo solo, empeñado en permanecer a su lado hasta que fuera atendido por un médico.

Por último, el bienintencionado samaritano se marchó dejándolo en libertad de entrar en la benéfica institución o largarse con viento fresco. Optó por esto último –era lo más

apropiado teniendo en cuenta el aire que soplaba -, y lentamente, al mismo paso que lo había llevado desde su casa al banco, emprendió el regreso hacia aquella.

Ahora, la distancia era aún más larga pues, el establecimiento adonde había ido a parar estaba situado casi en el extrarradio. “Cosas del taxista”, pensó; “al ver que me sacaban del banco habrá creído que se trataba de un pez gordo”, añadió, olvidando, optimista, su mísero aspecto.

Había cesado de llover y un tímido sol asomaba entre gordiflonas nubes blancas, pero el frío y la humedad apretaban de firme.

“Y, ¿por qué no he de ir al médico?”, se interrogó Lucrecio de pronto, retirando el pie izquierdo del profundo charco en que lo había introducido distraídamente.

“Sí, ¿por qué no he de ir al Seguro? A lo mejor, esta vez se equivocan y me curan sin meterme en un sanatorio. Me daría con un canto en los pocos dientes que me quedan si me quitaran los mareos. Al fin y al cabo, los escalofríos no vienen tan mal por el verano. Vienen a ser una especie de aire acondicionado personal. Los zumbidos en la cabeza son más molestos, aunque, la verdad, a todo se acostumbra uno. Tendré que hacerme a la idea de que vivo dentro de un ascensor.”

“Nada, nada; fuera remilgos. Mañana mismo, a primera hora, iré al Seguro. Tendré que madrugar porque entre que la consulta empieza a las siete y media, y yo ando como las tortugas...”

“Por cierto, -continuó pensando mientras sacaba de un desnivel rebosante de agua el pie que, hasta entonces, había mantenido relativamente seco, ¿a quién se le habrá ocurrido eso de Seguro de Enfermedad? ¿No hubiera sido más lógico llamarlo Seguro de Salud? Con el nombre que le han puesto, parece como si quisieran darnos la “Seguridad de que estamos enfermos.” ¿Y lo de SOE? Lo mismo puede querer decir Seguro Obligatorio de Enfermedad, que el planteamiento de una adivinanza. S.O.E.: ¿sano o enfermo?, parece que se preguntan.”

“Conmigo, el acertijo es bien fácil: enfermo y bien enfermo. Lo único que debo tener sano es la boina. Un tanto caída, eso sí, pero con una salud de hierro a pesar de los años de servicio que lleva debajo del rabillo.”

“Y, ¿qué hubiera pasado si me llego a casar con Amelia? Bueno, eso en el caso de que ella me hubiera aceptado. La verdad es que Amelia no era ninguna belleza, pero, si lo hubiera sido no iba a estar esperando por mí, porque también es cierto que nunca he tenido éxito con las mujeres (¿qué estoy diciendo?, ni con las mujeres, ni con la mujer en singular).”

“Ella era buena y me hubiera cuidado; seguro. Claro que yo no me hubiera casado únicamente para que me atendiera; no, eso, no. Creo que lo mejor de tener mujer será contar

con alguien con quien se pueda hablar de todo; de las cosas importantes y de las no lo son. Por ejemplo, ahora cuando llegue a casa, si consigo llegar, le diría lo mal que me encuentro, cómo me duele la espalda y de qué manera me está molestando este zumbido en la cabeza.”

“Estoy convencido de que si Amelia me estuviera esperando, en cuanto me oyera, me pondría unos trapos calientes sobre el lomo, y me frotaría la frente con vinagre. Sólo con oírla reñirme, con aquella voz tan suave, me sentiría mucho mejor.”

“Después, medio adormilado por el calor de la cama –apostarí a que me obligaría a acostarme- le contaría cómo hice el ridículo en el banco, lo del taxista, y de qué manera tan torpe metí los pies- las patas, diría ella- en los dos charcos. Acabaríamos riendo como tontos.”

En aquel momento los melancólicos pensamientos de Lucrecio fueron interrumpidos por un violento aguacero. Llovía con insistencia, como si el cielo pretendiera hacerse perdonar las sequías que, desde el nacimiento del mundo, agostan cosechas y agotan las fuentes.

El sorprendido Lucrecio hizo lo único que podía hacer. Se coló de rondón en el primer portal que encontró abierto. Un portal digno de otro nombre más rimbombante, como vestíbulo, zaguán, pórtico, porche o soportal. Había tenido la mala suerte de invadir el acceso a una casa de campanillas y cualquiera que no fuese Lucrecio hubiera sabido que este tipo de hogares está protegido por la intransigencia encarnada, con forma vagamente semejante a la femenina, en un ser malhumorado y colérico denominado con el apelativo de portera.

Aún no había tenido tiempo para darse cuenta cabal del lugar en que se había metido, cuando, en la parte izquierda, cerca del rutilante ascensor, se abrió una puerta de gruesos cristales esmerilados y por su hueco surgió una mujerona empuñando el emblema de su cargo, la amenazadora escoba.

Lucrecio no se quedó frío a la vista del enfurecido engendro porque ya estaba helado, pero el zumbido de su cabeza alcanzó repentinamente el volumen de media docena de martillos neumáticos a pleno rendimiento.

Por encima del ruido ensordecedor de las endemoniadas máquinas pudo escuchar los gritos del dragón:

- Aquí no se admiten pordioseros, así que ya te estas largando. Mira, mira como lo has puesto todo. Fuera, fuera.

Si aquellas palabras le hubieran sido dirigidas a Luis (q. e. p. d.), el maquinista con menos paciencia de toda la Red Nacional de Ferrocarriles Españoles, a buen seguro que la respuesta hubiese sido algo así como:

- No me da la gana, bruja del carajo. Váyase a hacer puñetas. De aquí no me muevo hasta que deje de llover

Pero Lucrecio no era Luis. No se parecía absolutamente en nada y, sin atreverse a sostener la mirada iracunda y despectiva del basilisco, salió a la acera, dejando a sus espaldas el portal de mármoleo suelo, paredes de brillante madera y techo artesonado.

La furia del averno, por su parte, asomó la cabeza y, en una última manifestación el espíritu cristiano y el buen gusto que la adornaban, exclamó

- ¡Vete por la izquierda, que por la derecha hay barro!

Un nuevo escalofrío recorrió la espalda del fugitivo que, casi a ciegas, buscaba otro refugio. Pero, en esta ocasión no era la bajísima temperatura la que lo hacía temblar.

Pensaba en Amelia y la desagradable portera, preguntándose cómo podían pertenecer a la misma especie.

“¡Anda, que si me llevo a casar con una mujer como la de la escoba! Creo que, mejor o peor, la enfermedad puedo soportarla, pero a una tía como esa no hay quien la aguante. A su lado, el tifus viene a ser una molesta roncha.”

Lucrecio continuó caminando calle arriba, inclinándose bajo el impacto de la lluvia. Estaba tan empapado, que ya no se esforzaba por evitar los charcos ni los caudalosos chorros del agua de los rotos canelones.

Sin embargo, hubo un instante en que no pudo más. Estaba completamente extenuado. Entonces pasaba ante un portal oscuro como boca de lobo, en nada parecido al que había tenido que abandonar un rato antes.

Como arrastrado por una fuerza superior a la suya se vio impelido adentro. También allí hacía un frío espantoso pero, al menos, estaba al abrigo de la lluvia.

Mentalmente daba gracias a Dios por el hecho de que la casa estuviera desprovista de portera, cuando se encendió una luz, una bombilla que recordaba la de su casa, y una mujeruca arrebujada en una toquilla surgió a su lado viniendo de las tenebrosas profundidades.

- Vaya tiempo de perros, ¿eh? –saludó la vieja. Hace un tiempo de perros –añadió, por si no había quedado claro el símil canino.

- Sí, la verdad es que el día de hoy no lo aguantan ni los perros de aguas –concedió Lucrecio, que no deseaba ser objeto de la fobia de la buena señora.

- Pues sí que se ha puesto usted bueno. Menuda mojadura lleva encima. Si no atrapa una buena pulmonía, va usted que chuta.

El inundado pensionista se encontraba fatal, la cabeza le daba vueltas y el retumbo resultaba intolerablemente estrepitoso pero, a pesar de todo, advirtió el lapsus de su interlocutora.

“¿Cómo se atreverá a llamar buena a una pulmonía? –se preguntó calladamente. Naturalmente, no tuvo el valor de hacerle ver el error pues no quería hacer nada que causara el enfado de la compasiva mujer.

Permanecieron mudos unos momentos, contemplando la lluvia que amenazaba anegar la ciudad. En silencio, vieron pasar ante sus ojos la miscelánea de objetos que el agua, impetuosa arrastraba calle abajo. Especialmente, junto a los bordillos de ambas aceras el tráfico acuático era muy numeroso.

Entre otras cosas, navegando serenamente, indiferentes al qué dirán de los ociosos, hicieron su aparición y se perdieron en lontananza dos tarteras a juego, una blanca tapadera de retrete, un bombín, una pantalla de quinqué y una liga de señora.

- ¡Qué cosas, Señor, qué cosas! –murmuró quedamente la vieja.

- Si tuviéramos una red, podríamos pescarlas y venderlas en el mercado –fantaseó, soñador Lucrecio.

- Calle, hombre, calle. Habría que salir ahí fuera y nos pondríamos hechos una sopa. Y, hablando de sopa, ¿quiere usted un plato?.

- ¿Se refiere a un plato lleno de sopa?

- Pues claro; no le voy a ofrecer un plato sopero sin nada dentro. Estoy segura de que le vendría al pelo.

- No puedo hacerme idea de cómo le sentaría al pelo, pero sospecho que mi estómago lo agradecería de corazón. Con este frío...

- Entonces no se hable más. Venga usted conmigo.

La viejecita, precediendo a su invitado, lo condujo a la portería, una habitación de buen tamaño en la que se reunían todas las piezas de la vivienda. A la vista estaban la cocina, una mesa camilla, cuatro sillas y, un poco separado del fogón, una pileta para fregar los cacharros y un gran armario. Detrás de una cortina, probablemente, la cama.

- Siéntese usted ahí, sin cumplidos, me llamo Carmen y soy de la provincia de León.

Lucrecio obedeció y tomó asiento, preguntándose si existiría alguna relación entre el desprecio por la etiqueta, el patronímico la naturaleza de aquel extraño y generoso ejemplar de portera.

Ella, mientras disponía platos y cubiertos sobre el mantel de hule a cuadros rojos y blancos, continuó hablando.

- Pues, sí; mi marido y yo somos..., bueno, éramos..., quiero decir que él era leonés y ya no lo es, porque ha muerto; en cambio, yo todavía soy, porque aún vivo, leonesa. Usted me entiende, ¿no?

Y, sin esperar respuesta, encadenó:

- Sí, yo siempre le decía –se lo tengo dicho miles de veces -, mira Bernardo; contra el reuma y el frío, no hay nada como la sopa de ajo. El ajo, lo sabe todo el mundo, es bueno para los males de corazón, tan bueno que los rusos hicieron una medicina, contra la angina de pecho, que no tiene más que ajo. Y no quiera saber usted cómo va para quitar los callos rebeldes. Colocando un ajo sobre el callo, sujeto con una venda, el callo va menguando de tamaño hasta que desaparece. Es un poco molesto cuando se calza uno, pero sólo hasta que el ajo se ablanda. Pero mi Bernardo, que Santa Gloria haya, era demasiado terco. Odiaba los ajos con toda su alma y decía que prefería morir a soportar el olor. Y, claro, cuando vinimos a Oviedo, acostumbrado al clima seco de allá, pescó un reuma tremendo; luego, empezó a padecer del corazón y se murió de un infarto. Mire que se lo decía: “Bernardo, hombre, no seas burro; con tanta humedad como hay aquí, no tenemos más remedio que comer ajo a destajo.” Y él, erre que erre, que no, que antes me muero; y, claro, se murió.

Carmen sirvió la sopa colmando los platos hasta los bordes y colocó ante el de Lucrecio un vasito de vino tinto –de León, según dijo cambiando por unos segundos el rumbo del monólogo- y ante él de ella, uno de leche.

Lucrecio escuchaba distraídamente al tiempo que comía con aplicación sintiendo que la sopa, muy caliente, iba restaurando sus fuerzas.

- Pues, fíjese usted. Los ajos, no nos costaban absolutamente nada. Nos los mandaban, siguen haciéndolo todavía, mis hermanos desde Santa María del Páramo. Son gente muy buena que ni siquiera tomaban a mal que el pobre Bernardo no los probara. Incluso, cuando vinieron al entierro llegaron cargados con un montón de ristras. Lo que sí probaba mi difunto, creo que demasiado, era el vino –como ese que tiene en el vaso- que nos regalaba, y aún regala, mi hermana Dorotea que tiene viñedos en la Bañeza. Bernardo era un fresador que prefería la uva.

Carmen cortó el chorro de sus confidencias para preguntar con solicitud:

- ¿Quiere un poco más de sopa? Todavía queda.

Lucrecio accedió con un gesto y una sonrisa agradecida y, mientras Carmen depositaba en el plato otra generosa ración de sopa, apuró el contenido de su vaso. Al volver al fogón, la portera colmó de vino el vacío recipiente.

- Cuando acabe con eso, ofreció decidida, va a probar el queso de Villalón que me suministra todas las semanas mi hermano Arturo. Pero antes, un poco de cecina de la que me surte mi hermano Jacinto. Son muy buenos y están empeñados en que me vaya de aquí. Dicen que con lo que llueve en Oviedo, el día menos pensado me ahogo. Si vieran la que está

cayendo hoy, me arrastraban de los pelos hasta más allá del Pajares. Los otros dos, los que viven en Santa María del Páramo, Raúl y Saúl, los de los ajos, aseguran que para vivir en Asturias, hay que ser rana o vaca. Pero no se lo tomo a mal. Es que me quieren y sufren creyendo que las paso moradas. Pero yo ya estoy acostumbrada a esto; tanto, que una vez fui a pasar una semana a Santa María del Páramo, creí que me asfixiaba. Hacía tanto calor que era insostenible respirar. Faltó poco para que se enfadaran conmigo cuando les dije que me iba a marchar antes de cumplirse la semana. Tome usted, pruebe la cecina y ya me dirá. Estoy acostumbrada a la lluvia y, en realidad, mientras tenga ajos... Por cierto, no le había dicho que también son buenísimos para alejar vampiros; según oí, aunque, en realidad, no puedo certificar nada sobre vampiros. Nunca he visto ninguno; ni siquiera sé si son sólidos, líquidos o gaseosos. A usted, ¿qué le parece? Ahora, cómase este trozo de Villalón. Está en su punto. Lo recibí ayer por la tarde y, si no se come pronto ya no sabe lo mismo. ¿Otro vasito?

Lucrecio se apresuró a cubrir el vaso con la mano. Ignoraba si la causa del aturdimiento que experimentaba se debía al vino procedente de las viñas bañezanas, a la inagotable cháchara de Carmen o a la desacostumbrada ingestión de tantos alimentos en una sola sesión.

No obstante, aún faltaba algo, pues aquella portera, dechado y prez de cancerbera, con un sentido de la hospitalidad que colocaba muy alto el pendón de Castilla y dejaba por los suelos a la inhumana colega que tiranizaba no muy lejos de allí, puso ante su invitado un café -¿solo o con leche?; con un poquito de leche, por favor-, y una copita de licor de cereza.

- No me diga que también le regalan sus hermanos este elixir –aventuró Lucrecio.

- No, este lo hago yo misma. A base de cerezas y anís. Es muy fácil y, si le gusta, le puedo dar la receta. Va bien para la tripa.

- No, señora; soy poco aficionado a la bebida y mucho menos a los licores fuertes.

- Hace usted muy bien. Si mi pobre Bernardo hubiera pensado así, todavía estaría vivo y coleando; puede que pachucho, pero a mi lado. Pero era muy necio. Se fue al otro barrio por un exceso de amor y otro de odio: querencia al morapio y tirria al ajo...

“Ya estamos otra vez con los ajos”, pensó Lucrecio haciendo cuentas acerca del momento más oportuno para irse sin cometer una grosería.

- ¿Habrás dejado de llover? –se resolvió a preguntar tras muchas vacilaciones.

- Enseguida se lo digo. Usted no se mueva de ahí –ordenó Carmen, levantándose de la silla que ocupaba.

Volvió rápidamente e informó a su convidado con precisión de meteorólogo:

- No llueve, debemos estar a tres o cuatro grados sobre cero y sopla viento del nordeste cambiando a norte.

- Pues, me tengo que ir; lo siento mucho, pero me tengo que ir. Aún me queda una buena caminata hasta casa; vivo en la calle Menéndez Ruiz. Ha sido usted muy buena conmigo, doña Carmen. No sé cómo darle las gracias. Hace años que no como con tanta satisfacción, y siglos, al menos me parecen siglos, que nadie me ha tratado con tanta amabilidad. Que Dios se lo pague –terminó Lucrecio, conmovido.

- No tiene usted que agradecerme nada. Durante este ratito me ha hecho compañía, no he estado sola y he podido hablar. A mí, esto de estar callada, me hace daño. Las palabras se me van amontonando dentro y llega un momento en que, si no hablo, me parece que voy a reventar. Así que, ya lo sabe; si no tiene otra cosa mejor que hacer, vuelva cuando quiera. Comeremos sopa de ajo,... o lo que se tercié. Y hablando de ajos –añadió, deteniendo al exfogonero, que se dirigía hacia la puerta-, espere un momento.

La portera abrió uno de los cajones del armario y, extrayendo una larga ristra del mágico producto, la envolvió en hojas de periódico. Luego, entregó el paquete a Lucrecio y lo acompañó al portal, donde estrechó su mano, repitiendo la invitación de que volviera siempre que lo deseara.

El ahito jubilado salió a la calle preguntándose si lo sucedido había sido real o se trataba de una chanza de su cerebro. Pero, no; el peso de la ristra de ajos que llevaba bajo el brazo y el aroma que despedía, constituían la prueba de que todo aquello no era fruto de la imaginación.

Efectivamente, Carmen no había mentido. Ya no llovía, hacía un frío imponente y el fuerte viento que soplaba, viniendo más o menos del monte Naranco, arrastraba a las nubes en dirección a la Sierra del Aramo.

Lucrecio procuró apretar el paso, pues se acercaba la hora en que el casero subiría a la buhardilla para cobrar la renta. Lo de apresurar la marcha era más fácil de decir que de hacer. A pesar de sus buenos propósitos, no estaba en forma y a su baja condición física se unía el inconsciente deseo de no abandonar demasiado deprisa las cercanías del lugar donde había sido tratado con tanto afecto.

“Aquella buena señora, a pesar de su exagerada inclinación por los ajos, era una santa; aficionada al palique, sí, pero eso no me molesta. Al contrario; yo, que me paso los días sin hablar con nadie, agradezco que alguien me cuente cosas, aunque no me de la ocasión de meter baza. Y su familia debe ser también buena gente. Al contrario de la otra portera que se cree descendiente de la pata del Cid.”

Reflexiones de este tenor acompañaron a Lucrecio durante el largo camino al hogar. Marchaba tan abstraído, tan ensimismado en sus pensamientos, que a poco estuvo de pasar de

largo ante el portal de su casa, pero, en el último instante, se rehizo, penetró en el portal y, dificultosamente, trepó escaleras arriba hasta alcanzar la buhardilla.

Poco después de su entrada, la puerta retembló con las enérgicas e impacientes llamadas que alguien le propinaba como si deseara derribarla.

Lucrecio, que se encontraba tumbado sobre la cama intentando recuperarse de los acontecimientos del ajetreado día, se levantó lo más rápido que pudo y acudió a abrir.

El casero, un hombre alto y fornido, con el rostro semioculto por espesa barba y pobladas cejas negras, el cráneo mondo y lirondo hasta causar una sensación de repulsiva desnudez, trasladó habilidosamente la colilla del puro que fumaba, desde la comisura izquierda a la derecha de su boca de estrechos labios, y, con voz agria, exigió lacónico:

- Los cuartos, viejo.

El aludido hurgó en los bolsillos del pantalón, extrajo el sobre que le habían entregado en el banco hacía pocas horas y, retirando dos mil seiscientas pesetas, las puso en manos del energúmeno a cambio del correspondiente recibo.

El propietario hizo ademán de marcharse pero, antes de salir del cuarto, paseó la mirada por aquel depósito de ruinas y repitió la ingeniosa frase que venía pronunciando desde el día que vio por primera vez el formidable frigorífico:

- ¿Qué, para cuando la inauguración del restaurante? No olvides que, antes, habrá que firmar un nuevo contrato de la renta más alta. Seguro que, en un sitio como éste, tendrás éxito.

Después, soltó una estridente carcajada y se fue dando un portazo que hizo estremecer todas las paredes.

“¡Qué pedazo de burro es este tío”, se dijo, como todos los meses, el exfogonero cuando se quedó nuevamente solo y volvió a ocupar el lecho.

Aquella tarde el reloj de Lucrecio no funcionaba. No era que se hubiera detenido o marchara mal. En realidad, su aparato de medir el tiempo no andaba por medio de pilas, batería solar o, más primitivamente, a base de darle cuerda. La verdad era que Lucrecio tenía el reloj incorporado. Estaba situado en las inmediaciones del plexo solar; en el estómago. Este órgano era el encargado de advertirle la llegada de las horas de yantar.

Pero esta tarde el reloj había enmudecido. Y transcurriría bastante tiempo antes de que emitiera las conocidas señales de alarma que indicaban: “Es el momento de poner combustible a la caldera; aunque no tengas apetito; antes de que se apague definitivamente.”

Tal y como había confesado a la santa que se le había aparecido bajo la forma de vieja portera, hacía ya muchos años que no había almorzado tan abundantemente. Y, claro, ahora se

encontraba anormalmente harto. Experimentaba la engañosa sensación de que nunca más precisaría comer.

Entonces, en vista de que no había necesidad alguna de preparar la cena y en la cama estaría bastante más calentito, se introdujo bajo las viejísimas mantas, apagó la luz y se dispuso a esperar la visita del sueño. Este tardaba en acudir y como lo de contar corderos le parecía indigno de él y más propio de señoritas remilgadas, se propuso pasar revista a los acontecimientos del día.

Le resultaba bastante difícil concentrarse para recordar en orden cronológico los sucesos vividos pues continuamente acudía a su cerebro la figura de Carmen y la comida con que le había obsequiado. De manera, que abandonó sus vanos intentos y comenzó a consentir que la portera, como una “reina por un día” de desván, se enseñoreara de sus pensamientos.

De pronto, como cuando se extingue una luz, Carmen desapareció de escena y lo único que permaneció sobre las tablas fueron los alimentos consumidos.

Lucrecio se encogió en la cama satisfecho de hallarse bajo techo, al abrigo del frío y del agua que, de nuevo, caía en intermitentes chaparrones. El aire, Carmen sabría de qué cuadrante soplaba, gemía al introducirse por los intersticios del tejado. De vez en cuando, se escuchaba el golpeteo de una ventana que alguien, entre ásperos reniegos, acudía a cerrar antes de que se hiciera añicos.

“¿Será posible que algún día, todo el mundo coma tan bien como yo lo hice hoy? Lo cierto es que, personalmente, no me puedo quejar. Yo como todos los días; peor o mejor, es verdad, como, incluso sin ganas. Pero, los demás, a toda esa gente que se muere de hambre, ¿no habría forma de darles aunque no fuera más que una sopa de ajo?”

Lucrecio no pudo continuar formulándose nuevas preguntas –seguramente tan inocentes e inútiles como la última-, porque se quedó dormido profundamente.

Caliente y protegido, durmió sin enterarse de que una chimenea de la casa inmediata fue arrancada por el ventarrón y, arrastrada tejado abajo, se precipitó a la calle donde aplastó un automóvil estacionado junto a la acera, después de derribar una farola del alumbrado público. Afortunadamente, el suceso no tuvo mayores consecuencias pues el vehículo estaba vacío y nadie pasaba por la acera en el momento del incidente.

En su minúsculo reino de alquiler, permaneció en ese estado que quizás se nos haya concedido en calidad de ensayo para otro sueño, el definitivo, el que no consiente insomnes y del que no conseguirían sacarnos todos los despertadores de este mundo.

Por la mañana, al recuperar la conciencia de sí mismo, se asustó. Sentía un general envaramiento, rígidas las articulaciones de piernas y brazos. Trató de ponerse de pie y poco

faltó para que se fuese al suelo. La cabeza le daba vueltas, y una sensación de náusea le obligaba a luchar con las arcadas que lo sacudían sin concederle tregua. El zumbido de los oídos había incrementado su intensidad convirtiéndose en el fragor de un tren que entra en agujas.

“Tengo que llegar al Seguro”, se dijo. Si no lo intento ahora mismo, quizás no pueda hacerlo nunca. Debo de estar muriéndome.”

La operación de vestirse y calzarse se convirtió en difícilísima tarea. Varias veces estuvo a punto de abandonar pero, al final, arrastrando lentamente los pies que parecían haberse trocado en dos insensibles pedazos de plomo, se puso en marcha hacia la puerta. Junto a ella se detuvo para comprobar si llevaba la documentación necesaria para ser atendido por el médico. Sí, allí estaba la cartilla sin la cual el enfermo más grave no pasa de ser un mero aprensivo.

En la calle, Lucrecio no tuvo ojos para el despanzurrado automóvil, la farola grotescamente doblada y los pedazos de la chimenea esparcidos en un radio de cuatro o cinco metros. ¡Bueno estaba para desbarajustes urbanos!

De nuevo había cesado de diluviar y la lluvia se había convertido en recalcitrante caída de agua pulverizada que, en cuestión de minutos, dejaba calado a los escasos viandantes que, a hora tan temprana, transitaban apresurados.

El iluminado reloj de un edificio público ante el que pasó señalaba las siete menos veinte. El húmedo frío le obligaba a soplarse los dedos con la vana esperanza de restablecer la circulación. Si se esforzaba, aún llegaría a tiempo al Ambulatorio; antes de que dieran por terminado el plazo de entrega de números para la consulta.

La fortuna le sonrió. A pesar de caminar renqueante, pudo hacerse cargo de un papelito que decía: “Número ciento veintitrés; doctor Trijueque.”

Entre violentos estremecimientos que lo sacudían como descargas eléctricas, aguardó dos interminables horas hasta que llegó su turno. Era el último enfermo que el médico recibiría aquella mañana.

Cuando el doctor Trijueque, un hombre muy joven, repitió con tono aburrido la orden de que pasara –la primera no había sido escuchada por Lucrecio que apenas oía otros sonidos que el monótono zumbido- elevó la mirada de los papeles que tenía sobre la mesa para ver quien era el remiso doliente que cerraba su cuota diaria.

Estaba habituado a contemplar los ejemplares más patéticos que la fauna humana podía presentar, pero aquella muestra no resistía comparación alguna.

Se sintió hondamente impresionado ante el calamitoso aspecto de su paciente. Era una auténtica ruina. Mojado de pies a cabeza, con la boina entre las manos, avanzó tambaleante hasta apoyarse en el escritorio ocupado por la enfermera. Desde allí, haciendo visibles esfuerzos para no irse al suelo, dirigió los ojos hundidos profundamente en las órbitas hacia el doctor. Su mirada era más propia de un perro apaleado que de un hombre; parecía pedir ayuda y perdón por la solicitud que formulaba.

- Siéntese, siéntese, haga el favor- dijo Trijueque.

La enfermera se apresuró a levantarse para ayudar a Lucrecio a tomar asiento en una de las sillas colocadas ante la mesa del médico. Sin su colaboración,- se había dado cuenta- el enfermo no habría podido cumplimentar la orden.

- Es evidente que no se encuentra nada bien,- comentó Trijueque- y no me explico por qué ha venido aquí en vez de dirigirse directamente a la Residencia Sanitaria; por Urgencias. Pero ya que está aquí, cuénteme qué le pasa. ¿Qué síntomas tiene? ¿Le duele algo?

El jubilado, con voz apenas audible, comenzó la relación de sus padecimientos:

- Me duele todo, doctor. Hace tiempo que tengo ruidos en la cabeza, me dan mareos y desmayos. Ayer perdí el sentido dos veces. No tengo fuerzas para nada y andar me cuesta un trabajo enorme.

- Bueno, vamos por orden. Vaya cubriendo la ficha, Angustias. ¿Qué edad tiene? ¿Cómo anda de apetito? ¿Cómo se alimenta? ¿Qué suele comer?

- Setenta y uno. Tengo poco apetito, pero como de todo.

- ¿Qué enfermedades ha padecido?

Estrujándose el cerebro, Lucrecio se afanaba por recordar los males que le habían aquejado a lo largo de su vida. La enfermera trasladaba al papel cuanto iba surgiendo de la desordenada memoria.

- ¿En qué trabajaba antes de jubilarse?

- Era empleado de RENFE. Fui fogonero, en trenes de mercancías, hasta que la tuberculosis me arrinconó antes de que me llegara la edad.

- ¿De la RENFE?

- Sí, doctor.

- Bueno, vamos a ver cómo anda de pulso y de tensión. Luego pasaremos a rayos.

Media hora más tarde, realizada la exploración radiológica, el doctor Trijueque se excusó y salió de la consulta diciendo al paciente que no se moviera de allí, que volvió enseguida

Regresó minutos después y, tomando asiento en su sillón, explicó a Lucrecio las medidas que acababa de tomar.

- Mi hermano Tomás es el jefe del Departamento de Traumatología de la Residencia Sanitaria. Además, es especialista en nutrición. He hablado con él por teléfono para que nos envíe una ambulancia. Ingresará inmediatamente; por Urgencias. Se ha descuidado usted mucho y, aunque allí van a hacerle un montón de análisis para comprobarlo, creo que puedo afirmar que padece una fuerte anemia, quizás avitaminosis y descalcificación. Su tensión es elevada y, además, descompensada. No se trata de nada irreparable pero conviene actuar ahora, antes de que su estado general se deteriore aún más. Mi hermano lo dejará como nuevo. No se asuste y confíe en él. Va a estar en buenas manos.

Poco después, Lucrecio, a bordo de una ululante ambulancia, atravesaba las calles de Oviedo, en dirección a la parte alta de la ciudad en donde se encontraba la Residencia Sanitaria.

II

Cuando llegaron, ya eran esperados. Tomás Trijueque, una versión cinco o seis años mayor que su hermano, acompañó a los enfermeros que hacían rodar la camilla y el enfermo hasta uno de los estrechos cubículos encortinados en los que se dividía la enorme sala de urgencias.

El exfogonero no había disfrutado del breve viaje porque su introducción en el vehículo sanitario coincidió con un nuevo desvanecimiento del que se recuperó estornudando al serle colocado bajo la nariz un tubito que despedía un fuerte olor.

Luego, comenzó la serie de tomas de sangre y muestras de orina que habría de ser la tónica normal en los días venideros.

Dos horas más tarde fue trasladado a una habitación del tercer piso. Allí lo colocaron boca arriba sobre la cama y conectaron sus brazos a los goteros que parecían aguardar su llegada.

El cuarto de dos plazas que había de ser su refugio durante algún tiempo ya tenía otro ocupante. Era un hombre, del que sólo veía la nuca, acostado boca abajo en el lecho más próximo a la ventana a través de cuyos cristales se vislumbraban media docena de altos árboles, en primer término y, allá a lo lejos, perdido entre la bruma, el monte Naranco.

Su compañero de reclusión no parecía haber percibido la conmoción producida por la llegada del nuevo huésped o no sentía la menor curiosidad por conocer al recién incorporado a su pequeño mundo, pues ni siquiera volvió la cabeza.

Guardaba silencio y respiraba tan calladamente que Lucrecio temió que lo hubieran alojado con un cadáver. No obstante, sus temores se esfumaron cuando al cabo, el seudo difunto exclamó con voz ronca, tras un prolongado carraspeo:

- Carajo con los puntos.

Tranquilo al suponer que si no compartía el cuarto con un fiambre sería porque allí no se creía que él fuera a abandonar este mundo de manera inmediata, comenzó a esperar.

Esperaba no sabía qué, pero esperaba; con la resignación de quienes saben aunque sólo sea de forma instintiva, que no pueden hacer otra cosa. No se encontraba bien, era cierto, pero en otras ocasiones se había sentido peor. El contenido de los goteros, al penetrar pausadamente en su organismo, parecía hacerle cosquillas. El volumen del zumbido en los oídos había descendido a su normal nivel de ascensor quejumbroso.

Volvió la mirada hacia la izquierda y se encontró con la de su vecino. Tenía los ojos inyectados en sangre y una expresión malévola en el rostro pálido bajo el pelo desgreñado. El escrutinio a que fue sometido Lucrecio fue largo y minucioso. Producía la sensación de que el otro quería grabar en la mente todos sus rasgos. Pero no decía palabra.

Un tanto incómodo trató de romper el hielo y, tímidamente, profirió:

- Me llamo Lucrecio; ¿y usted?

- Yo, no –gruñó el aludido girando la cabeza hacia la cristalera.

Frustrados sus intentos de fraternizar, Lucrecio cerró los párpados y, una vez más, se dedicó a la desesperante ocupación de esperar. Por suerte, hacía años que realizaba aquella tarea y la dominaba con increíble maestría.

En el silencio reinante en la habitación, ahora sí podía captar el sonido de la agitada respiración del grosero vecino y, fuera, en el pasillo, se escuchaban frecuentes pisadas, retazos de conversaciones, ocasionales timbrazos y los chirridos de las ruedas de alguna camilla.

De pronto, la puerta fue cautelosamente abierta, alguien preguntó si podía pasar. Sin aguardar respuesta, empujando un carrito rebosante de revistas y diarios, entró un muchacho con cara de despistado.

El que había asegurado que no respondía al nombre de Lucrecio, sin modificar su enfadosa postura, volvió la testa hacia la entrada y, al ver lo que se les ofrecía, rezongó, malhumorado:

- Pues sí que estamos para prensa. Este crucificado y yo, boca abajo. Anda, lárgate y déjanos en paz.

El chico, probablemente nuevo en el oficio, hizo girar el vehículo en que transportaba la mercancía y, confuso, salió de la habitación, tropezando contra el marco de la puerta.

Con la huida del vendedor de noticias, el silencio volvió a restablecerse. Sin embargo, no fue por mucho tiempo, ya que pronto fue roto por una voz áspera que afirmó:

- Yo soy Manolo. Disculpa la memez de antes; no pude evitarla. Estoy operado de hemorroides y tengo unos dolores de caballo.

- ¡Bah! No se preocupe. Ya me figuré que debía pasarle algo gordo. Lo que me gustaría saber es qué son hemorroides?

- Te lo diré con la condición de que me trates de tu; como yo a ti. Pero, ¿de verás no sabes lo que son las hemorroides?

- De verdad; no tengo ni idea.

- Pues, muy sencillo. Son venas en el culo.

- Entonces, todo el mundo las tendrá, ¿no?

- Hombre, sí; pero si las venas no se te inflaman y no se salen y no sangran y no te hacen ver estrellas, es como si no las tuvieras y, claro, no se operan... ¿entendiste?

- Sí, sí; aunque yo creía que esas venas se llamaban almorranas.

- Es lo mismo. Lo que ocurre es que hemorroides suena más elegante que almorranas. Yo, algunas veces, soy un poco finolis. Además, me di cuenta que cuando me preguntaban qué me ocurría, si contestaba que tenía almorranas, todo el mundo se lo tomaba a guasa; en cambio, si decía: padezco de hemorroides, nadie se reía.

Manolo permaneció en silencio unos minutos. Reflexionaba sobre la inconsecuencia humana. Luego, fue vencido por la curiosidad.

- Y, a ti, ¿qué te pasa?

La respuesta de Lucrecio fue bastante más larga que la pregunta que se le había hecho. Andaba hacia la mitad de su enfermiza autobiografía, que el oyente escuchaba boquiabierto, cuando la puerta tornó a abrirse. Esta vez, de par en par, con autoridad.

Tres médicos y dos enfermeras hicieron su aparición trayendo consigo la optimista seriedad de quienes han contraído la obligación de no inmutarse ante el dolor ajeno. En la bata de uno de los recién llegados, encima del bolsillo del pecho, una placa esmaltada proclamaba que el portador era el doctor T. Trijueque. Este modelo un poquito envejecido del otro, llevaba gafas. Unos lentes con cristales gordísimos que conferían a sus ojos el tamaño de los de un enorme pez.

- Bueno, Lucrecio –dijo, sentándose familiarmente en el borde de la cama. Mi hermano me ha hablado de usted. A partir de ahora, no se preocupe de nada. Vamos a molestarle un poquito con más pruebas y análisis de todo tipo; nada doloroso, por supuesto. Dentro de un rato, cuando termines las visitas, volveré y hablaremos con calma.

- Muy bien, doctor; muchas gracias.

Mientras tenía lugar este cambio de palabras, Manolo articuló tres rotundos tacos que el personal médico acogió con absoluta ecuanimidad. Le habían hecho una rápida cura y la cosa debió resultar sumamente penosa pues cuando, los que podían hacerlo, desalojaron el cuarto, soltó un montón de juramentos y maldiciones que lo acreditaba como persona versada en la materia. Luego, poco a poco, pareció ir calmándose y la palidez cadavérica que le cubría la cara fue desapareciendo.

- Como coja por mi cuenta a esa mala pécora, a esa enfermera del diablo... cuando me quiten del culo este maldito tubo... se lo voy a encasquetar a ella en la matriz... me cago en la madre que la parió... tía bestia... parece que se recrea haciéndome la puñeta...

El dolor iba y venía a oleadas; Manolo sudaba y se estremecía alternativamente como si fuera golpeado por insoportables vibraciones de calor y frío.

- Y, ¿no te dan nada para el dolor? –se atrevió a indagar Lucrecio que deseaba saber a qué atenerse

- Sí, saludos –refunfuñó, airado, Manolo, para agregar lealmente al cabo de unos instantes:

- Bueno, por la noche, un calmante para que pueda dormir tranquilo; pero, si fuera cosa de esa salvaje, seguramente me darían un martillazo.

Lucrecio no tuvo ocasión de proseguir el cambio de impresiones, pues T. Trijueque hizo acto de presencia casi inmediatamente. Bajo el brazo traía una gruesa carpeta de la que, tras tomar asiento como en su primera visita, extrajo varios papeles.

Con el dedo índice de la mano izquierda hizo subir las gafas nariz arriba y, echando ocasionales ojeadas a las hojas que tenía delante, comenzó los descubrimientos realizados hasta aquel momento.

- Tal como le ha dicho mi hermano en su rápido diagnóstico, el suyo es un claro caso de abandono. Por los primeros análisis que le hemos hecho se ha puesto de manifiesto que padece una acusada convergencia de avitaminosis y descalcificación –mi hermano posee un notable ojo clínico-; la tensión no es la adecuada para su edad; el pulso tampoco. Los desvanecimientos seguramente se deben a estas anomalías. Las alteraciones que presenta en la

piel pueden provenir del inadecuado funcionamiento de las enzimas digestivas, ¿pancreatitis latente?

El doctor Trijueque guardó silencio unos instantes y luego prosiguió su monólogo.

- Astenia, pérdida de peso, diarrea, lengua sucia... En fin, todo irá despejándose a su debido tiempo. Por el momento, va a responder a las preguntas que le vaya haciendo. Iré tomando notas.

- ¿Ha sido un gran bebedor y fumador?

- Ni una cosa ni otra.

- ¿Diría que es usted generalmente ligero o duro de vientre?

- Pues, a temporadas, ligero; en otras épocas durísimo.

- ¿Qué clase de alimentos consume?

- Como de todo, pero sin gana. Algunos días, tengo que hacer verdaderos esfuerzos.

- Pero, vamos a ver; concretamente, ¿toma usted fruta?, ¿naranjas, plátanos, manzanas, uvas?; ¿carne, pescado?; ¿arroz, garbanzos, lentejas, patatas?

- Sí, sí. De todo eso, como.

- Pues, no lo entiendo. Si, efectivamente, toma comidas tan variadas, no debiera presentar el cuadro de desnutrición que presenta. Todo eso tiene suficientes vitaminas, minerales y sales. Aunque no ingiera grandes cantidades, realmente a su edad y no realizando un trabajo duro... porque usted ya está jubilado, ¿no? A ver, dígame. Haga un esfuerzo y trate de decirme los menús de la semana pasada.

- Puedo decirle lo que desayuné, comí y cené la semana pasada. Y, lo de las siete semanas anteriores. He tomado macarrones con tomate.

- ¿Nada más? Me había dicho que comía de todo.

- Y no le he mentado

- Cada vez entiendo menos. ¿Está tratando de hacerme creer que durante ocho semanas no ha comido más que macarrones con tomate?

- Sí, es cierto. Y, los dos meses anteriores, sardinas en escabeche y plátanos. Creo que los otros dos meses, garbanzos con bacalao.

- Y, ¿por qué actúa usted de manera tan ilógica? No me extraña que haya perdido el apetito. Debe ser difícilísimo pasar dos meses seguidos desayunando, almorzando y cenando sardinas en escabeche y plátanos.

- Sí, doctor. Es algo indecente, pero no me queda otro remedio. Con la pensión que tengo, no me alcanza para más. Si quiero no morir de hambre, pagar renta, luz, agua, y los

plazos de la nevera, tengo que hacerlo así. Cuando comprendí que no podía permitirme el lujo de comer a la carta, decidí comer “a la oferta”

- Y, ¿eso qué es? Nunca había oído esa expresión.

- Pues, algo muy sencillo. Aproximadamente, cada dos meses, antes de comprar nada, visito todos los supermercados de la ciudad y estudio cuáles son las ofertas más baratas. Entonces me llevo a casa el suministro aproximado para ocho semanas. A veces son macarrones, como la última; en otras ocasiones, bonito en aceite, coles de Bruselas o uvas de Almería. Los artículos rebajados de precio son muy variados, pero como sólo puedo comer lo más barato, tengo que comer “a la oferta”.

- Ahora me explico lo que sucede. Bien, Lucrecio; conociendo la causa de sus trastornos, no hay nada que impida su curación. Tanto mi hermano como yo, sentimos un gran interés por su persona. No sólo porque se trata de un caso clínico curioso, sino también por su lado humano. Mi padre (q. e. p. d.), igual que usted, era empleado de RENFE. Pasó su vida laboral picando billetes en el expreso de Andalucía y haciendo sacrificios para darnos estudios. Así que, no se preocupe por nada. Lo veré todos los días y, o soy un auténtico melón o, en un par de meses está más fresco que una lechuga. Ah, y cuando pueda irse de aquí va a venir a mi casa. Vivo en un chalet de la Ciudad Naranco, en la carretera de los monumentos. Hay sitio suficiente. Tendrá una habitación encima del garaje y, si le apetece, puede entretenerse cuidando el jardín. Si no sabe de flores, ya le enseñaré mi mujer. Para usted, se acabaron las comidas a la oferta.

- No sé qué decirle, doctor; yo...

- Nada, no tiene que decirme nada. Está decidido. Y, ahora, me voy. Hasta mañana.

- Oiga, doctor. Y ¿qué voy a hacer con la nevera? Sería una pena que se estropease. Aún la estoy pagando...

- Cuando llegue el momento, hablaremos de la nevera. Ahora descanse tranquilo.

El doctor Trijueque, afirmándose los lentes una vez más, sonrió a los dos ocupantes de la habitación y salió cerrando la puerta suavemente.

- Canela; este médico es canela fina –afirmó Manolo, que no había perdido una sílaba de la conversación. Ya podía parecerse un poco la bestia de la enfermera. Anda, - agregó con tono en que se mezclaban la admiración y la envidia- que no tuviste poca suerte; ¡casa, comida y jardín! Claro que buena falta te hacía; si hubieras seguido comiendo de esa forma tan rara, ibas a durar muy poco.

- Ya, pero me da no sé que ir a esa casa a dar la lata. No los conozco de nada. Es un poco violento.

- Déjate de bobadas y aprovecha la ocasión. A la suerte no se le pueden hacer ascos. Además, más violento sería morir de hambre.

- Bueno, ya veremos...

Las palabras del doctor Trijueque resultaron de una autenticidad apabullante. En los días que siguieron, Lucrecio fue objeto de una larguísima serie de exploraciones, análisis, pruebas y otros muchos estudios cuyos nombres y finalidad no tenía la más remota idea. No menos cierto era que cada momento que transcurría, primero sin poseer conciencia de ello y luego, con pleno conocimiento, se encontraba más recuperado.

Perdió la cuenta de las inyecciones que le clavaron, de las grageas que tragó y de los supositorios que introdujo recto arriba, pero llegó el momento en que aguardaba las horas de las comidas con una impaciencia que había venido a sustituir a la repugnancia con que, hacía poco, obedecía las reclamaciones de su estómago vacío.

Comía con satisfacción, disfrutando de cada uno de los bocados que masticaba premiosamente, siguiendo el consejo de su ángel guardián. Despachaba con delectación las abundantes raciones que le servían y, muy pronto, comenzó a pasear por los largos pasillos de la institución sanitaria. Manolo, a punto de ser dado de alta y desprovisto del aditamento que tantas molestias le había causado, solía acompañarlo en sus desplazamientos.

El bramido generado en el interior de su cráneo, había ido descendiendo paulatinamente hasta alcanzar el nivel de un casi imperceptible murmullo y, finalmente, al despertar una mañana, advirtió, extrañado, que había desaparecido por completo. Inicialmente, experimentó la singular sensación de que le faltaba algo; después, al comprender de qué se trataba, un gozo inefable lo invadió. El, que antes se veía obligado a realizar grandes esfuerzos para oír lo que se le hablaba, ahora, como si le hubieran descorchado los oídos, percibía a la perfección cuanto se le decía, aunque solamente fuese en debilísimos susurros.

Cuando cumplió el primer mes de internamiento, privado ya de la agradable compañía de Manolo que había regresado a sus feudos en Grado, el doctor Trijueque entró una mañana en la habitación portando una maleta.

- Tome, Lucrecio. Póngase la ropa que hay aquí dentro. Enseguida vengo a buscarle. Vamos a ir a casa para que conozca su futura residencia. Está haciendo sol y es un buen momento para que empiece a tomar contacto con el aire libre. Hasta ahora mismo.

El sorprendido y mejorado exfogonero abrió la maleta con curiosidad. El doctor había pensado en todo; nada faltaba para que pudiera vestirse como persona decente. En cuanto se pusiera todo aquello, dejaría de parecer un bulto sospechoso.

Dos cosas, entre los objetos que llenaban la maleta, colmaron de alegría a Lucrecio: un grueso abrigo y las botas más confortables que podía imaginar. Forradas de algo como lana, con suela de crepé, no pesaban apenas. Los calcetines contribuían a dotar a sus pies de un confort que los viejos zapatones rellenos de periódicos eran incapaces de aportar.

El jersey, también de lana, con cuello alto y la camisa, a cuadros, de un género grueso, añadían una nota de bienestar, casi de opulencia, que el usuario no estaba habituado a percibir.

Trijueque debía haberse gastado un dineral en aquello. Todo era nuevo y, encima, le quedaba como un guante. Nada de flojedades o apreturas. ¿Cómo se había arreglado para acertar tan plenamente? Estaba demostrado que los dos hermanos poseían un formidable ojo clínico, pero aquello era diferente. Seguro que andaba por medio la enfermera. Las mujeres, ya se sabe, poseen mucha maña para estas cuestiones.

Vestido ya por completo, Lucrecio acudió al cuarto de baño y observó la imagen que devolvía el cristal azogado. Acercándose al lavabo, alcanzaba a verse de cuerpo entero.

Recibió una de las mayores sorpresas de su vida. El ser que tenía frente a frente, estaba pálido aún, pero en nada se asemejaba al cadáver ambulante que había ingresado hacía tan poco tiempo. Había ganado cerca de cinco kilos –eso lo sabía por el propio doctor y la enfermera-, y en sus ojos brillaba una luz que había desaparecido años atrás.

Y, con aquellas ropas parecía otra persona. No, no parecía, era otra persona; con mayor confianza en sí mismo y en el futuro.

Volvió lentamente a la habitación, donde ya lo esperaba el doctor.

- Caramba, no es usted el mismo. Ha rejuvenecido. ¿Qué, cómo se encuentra hoy?
- Sí, soy una persona distinta. Me siento muchísimo mejor. Creo, que, cuando se me quitaron los zumbidos, volví a nacer. Aunque, la verdad, con esta ropa que ha traído, tengo la sensación de haberme disfrazado.

- Bueno, vámonos.

En la zona reservada para estacionar los vehículos del personal médico se encontraba el automóvil del doctor Trijueque. Era un rojo Mercedes último modelo que relucía al sol de la mañana; Lucrecio tuvo la impresión de que, introducirse en su interior constituía una especie de herejía, pero ante la insistencia del médico, no tuvo más remedio que instalarse, eso sí, muy tieso, en el asiento contiguo al del conductor.

En unos minutos, a bordo de aquella joya sobre ruedas, llegaron a Villa Elena y, tan pronto como el morro del coche enfiló la verja de entrada, la amplia puerta se deslizó silenciosamente hacia un lado y volvió a cerrarse en cuanto la franquearon.

- Acompáñeme, Lucrecio; voy a presentarle a mi mujer. Le hemos puesto su nombre a la casa, aunque ni ésta ni ella tienen nada de griegas.

Desde donde había detenido el vehículo hasta la entrada principal del chalet, no había más que unos pasos, aunque bastaron para que Lucrecio comprobase que sus botas eran el calzado más cómodo que había usado nunca.

Elena, la esposa de Trijueque, era una mujer muy joven. Sin faltar a la verdad, no podría ser calificada de hermosa. Pero, a falta de belleza poseía unos rasgos serenos que irradiaban simpatía y bondad.

- ¿No me habías dicho que estaba hecho una ruina? –se extrañó cuando le fue presentado el visitante. Tiene muy buen aspecto.

- Deberías haberlo visto el mismo día que yo. Lo cierto es que hace poco más o menos un mes, andaba como un zombi. Y eso, que aún no ha concluido su curación. Y me dirás al cabo de otros treinta días. Hoy me acompaña únicamente para que te conozca, para que vea esto y, al propio tiempo, respire unos metros cúbicos de aire puro.

Los tres salieron nuevamente al jardín en el que se elevaban varios árboles y crecían con profusión flores y plantas de distintas variedades. En el extremo más alejado de la zona verde y, unido a la verja de entrada por un ancho camino de irregulares losetas de piedra que sobresalían por encima del césped, se encontraba el garaje en el que cabían perfectamente tres automóviles.

Subieron y Lucrecio escuchó con incredulidad que la habitación que le mostraron era la que le habían destinado para su uso exclusivo.

Con la persiana levantada, podría contemplar, sin moverse de la cama, casi toda la sierra del Aramo. Desde el lado contrario, el Monte Naranco parecía hallarse al alcance de la mano.

- ¿Qué le parece, Lucrecio? –preguntó el doctor, observando el resplandor que había aparecido en los ojos de aquel.

- Me parece que voy a despertarme de un momento a otro y verme en la oscura buhardilla en que viví hasta que casi me muero. Esto es precioso, pero precisamente por ello, no entiendo por qué hacen esto por mí.

- Ya se lo he dicho. Simplemente, porque ha sido usted colega de mi padre y, conociéndolo como lo conocíamos, estamos convencidos de que, si viviera, estaría encantado de tenerle aquí. De manera, que no hablemos más de motivos.

- Sí, Lucrecio, si el sitio le agrada, tan pronto como le den el alta, se viene usted a vivir con nosotros. ¿Le gustan las flores?

El jubilado estaba tan conmovido que no pudo responder con palabras. Hubo de conformarse con aceptar por medio de una cabezada afirmativa. Elena comprendió perfectamente lo que quería decir.

- Pues no se hable más del asunto –agregó la esposa del médico. Recupérese lo antes posible y Tomás se encargará de traerlo.

Aquella noche, en su cama de la Residencia Sanitaria, en la soledad de la habitación de la que era el único ocupante, Lucrecio se sentía alegre. Desde que había sido jubilado, no había vuelto a experimentar una sola jornada de optimismo.

Tumbado boca arriba, con los ojos abiertos y la mirada clavada en el rectángulo iluminado por la claridad que, allá abajo, una farola enviaba hasta el techo del cuarto, dio gracias al cielo que le había concedido la ocasión de conocer a los doctores Trijueque. Recordó también a Carmen, la bondadosa promotora de la sopa de ajo. Un día tendría que ir a verla para contarle tan buenas noticias. Apostaría cualquier cosa, hasta la salud que estaba recuperando, que le proporcionaría un alegrón.

El tiempo, a partir de aquella fecha, fue transcurriendo con lentitud desesperante. Las horas pasaban monótonas, tan semejantes entre sí que parecían la misma. Su impaciencia por volver al chalet del matrimonio Trijueque era culpable del pausado correr de los minutos y de la inconsciente sequedad utilizada al hablar con el enfermo que, la última semana pasada en aquel lugar, tuvo como compañero.

El tono de Lucrecio nunca llegó a ser tan desabrido como el empleado por Manolo al responder la primera pregunta formulada por aquel. No obstante, no ponía atención a lo que el nuevo decía, ignoraba su nombre –aunque estaba cierto de que se lo había dicho-, y sería incapaz de describirlo porque, prácticamente, no le había prestado la menor atención.

No pensaba en otra cosa que en el que iba a ser su hogar, en el hermoso jardín y en los amplios horizontes que divisaría sin tomarse otra molestia que abrir los ojos.

Su mejoría se confirmaba. El mismo notaba cómo la fuerza de la vida, la salud, volvía a tomar posesión de aquel cuerpo miserable que, apenas dos meses antes, no hubiera servido siquiera como fuente de donación de órganos.

La báscula que visitaba, con regularidad rayana en el fanatismo, confirmaba que seguía ganando peso. En total, y desde su ingreso, había engordado siete kilos setecientos gramos.

Hacía tiempo que no experimentaba desvanecimientos, efectuaba las funciones orgánicas con toda normalidad, y la tensión había vuelto a situarse en el punto ideal para personas de su edad y características.

Recuperó el perdido apetito y, de verdad, comía de todo.

El hermano de Tomás, el benjamín de los Trijueque, que lo había visitado cuatro o cinco veces desde su internamiento y, como el mayor, confiaba plenamente en su total y pronto restablecimiento. Conocía los planes de traslado a Villa Elena y se mostraba muy satisfecho del entorno que iba a rodear en el futuro al compañero de su difunto padre.

Una mañana cualquiera, Lucrecio, en batín y zapatillas –obsequio de los Trijueque-, paseaba pasillo adelante acompañado por uno de los pacientes veteranos de la planta, cuando pasó a su lado el doctor Tomás. Iba, igual que todos los días, a paso de carga y se limitó a dirigirle un guiño amistoso al llegar a su altura.

Luego, cuando los separaban unos metros, desanduvo lo andado e informó con voz alegre:

- Mañana es el día. Hacia las doce.

Aunque el destinatario de la noticia la aguardara con ansiedad, sintió que el corazón le daba un vuelco. Por unos instantes, temió que otro de los inoportunos vahídos, tan frecuentes no mucho antes, lo acometiera una vez más.

Haciendo un esfuerzo, se repuso y, bastante sereno aunque nerviosísimo, pudo responder a la pregunta de su acompañante.

- Creo que mañana me dan el alta. Por fin, me marchó a casa. Ya no aguanto la impaciencia por verme allí.

Si, hasta entonces, los segundos se le antojaban horas, a partir de aquel momento, el tiempo se detuvo por completo. Pasó una noche infame durante la cual sólo consiguió dormir un ratito y al amanecer, harto de revolcarse en la cama, se levantó, se aseó y luego se endosó la ropa nueva.

Limpió cuidadosamente las botas puliéndolas con un trapo hasta que relucieron como espejos y luego, con el abrigo al alcance de la mano y la maleta a la vista, aguardó.

Ahora esperaba, pero había una gran diferencia con antiguas esperas. Ahora, sabía lo que esperaba.

Hacia las once y media, T. Trijueque acudió a la habitación de Lucrecio para decirle que habían surgido inconvenientes. Al escuchar estas noticias, el antiguo fogonero quedó consternado, pero el doctor, apresuradamente, le informó de que únicamente se trataba de un breve retraso. En vez de a las doce, la hora de la marcha quedaba pospuesta hasta las dos y media.

Tranquilizado, Lucrecio solicitó y obtuvo permiso para trasladarse por sus medios al centro de la ciudad. Deseaba saludar a Carmen, de la que ya le había hablado y luego, si le

sobraba tiempo, pasaría por la buhardilla, pagaría al casero los dos meses de renta que le debía y volvería a la Residencia hacia las dos.

Haría el camino a pie aunque siguiendo el mismo trayecto que le autobús. De esta forma, si notaba cansancio, no tenía más que tomar el vehículo en cualquiera de las paradas que jalonaban su itinerario hasta el Ayuntamiento.

El tiempo no era el más aconsejable para realizar la aventura, pero el doctor, después de exigir a su paciente que utilizara el autobús tan pronto como advirtiera el primer síntoma de cansancio, que anduviera despacito y que ocultara boca y nariz bajo dos vueltas de la bufanda, concedió su autorización, quedando citados allí mismo para las dos y cuarto de la tarde.

Los trámites para conseguir el alta estaban prácticamente terminados y sólo faltaban un par de detalles sin importancia. Poco después de las dos y media, podrían estar almorzando en Villa Elena.

Lucrecio, con el corazón rebosante de alegría, salió al exterior, volvió la mirada hacia la ventana de su habitación desde la cual lo saludaba su actual compañero, atravesó la explanada repleta de automóviles e inició el descenso de la calle que lo llevaría hasta la que, en su suave pendiente, llegaba casi a la entrada de Oviedo.

Hacía bastante frío, pero iba perfectamente pertrechado; las botas forradas con borreguillo, mantenían sus pies a una temperatura agradabilísima. El abrigo, muy grueso, era impenetrable, y la bufanda apenas permitía la entrada de la humedad causada por la niebla que se espesaba por momentos.

Allá arriba, cerca de la institución sanitaria, unos pocos jirones de apariencia semejante a humo grisáceo se diseminaban empujados por el viento. En cambio, a medida que descendía, la niebla aumentaba de tal modo que la visión resultaba imposible a más de cuatro o cinco metros.

Los sonidos, dentro de la nube algodonosa, adquirirían un tono apagado e irreal sin origen preciso. Sin embargo, Lucrecio, que caminaba precavidamente por el borde interior de la acera, casi rozando las paredes de los edificios, escuchó con nitidez el poderoso rugido de un motor. Sonaba a su espalda, muy próximo.

Un horrible presentimiento se adueñó de su cerebro y, resignadamente –con la mansedumbre que había presidido los últimos veintitantos años de su existencia-, se volvió para enfrentarse al destino.

El conductor del impresionante Mercedes rojo que avanzaba hacia él ocupando toda la acera, trató de maniobrar para pasar a su lado sin tocarlo, pero no lo consiguió.

Lurecio no llegó a saber si el doctor Trijueque había reconocido a su paciente antes de concederle el alta definitiva.